

trario, todo se dice, todas las cosas tienen su verdadero nombre, y el mismo nombre para todos; aquí, todo es materia de instruccion, y las mejores lecciones no son las de los maestros. Nada de abate Dubois, nada de Méniers, nadie que diga al príncipe, todo es vuestro, lo podeis todo, es la hora que querais. En una palabra, segun la voz pública, se educa allí al duque de Chartres como á todos los niños de su edad; ninguna distincion, ninguna diferencia: los hijos de los banqueros, de los jueces, de los negociantes, no tienen ningunas ventajas sobre él; pero él tendrá muchas, salido de allí, sobre todos los que no hayan recibido su educacion: no hay, bien lo sabeis, mejor educacion que la de las escuelas públicas, ni peor que la de la corte."

Ciertamente en esa época un elogio semejante no tenia precio, lo sabia bien el hábil discípulo de M<sup>me</sup> de Genlis, y con tales páginas en la mano era con lo que impugnaba los denuestos que dirigidos á cualquiera otro que no hubiera sido él, habrian tenido una acogida fatal.

Lo que mas perjuicio causaba al duque de Orleans, era su espíritu procesivo, chicanero y parsimonioso.

El duque de Orleans se habia formado un consejo de los mejores abogados de Paris; pero en realidad era él quien aconsejaba á su consejo.

Todas las memorias firmadas por Dupin le fueron inspiradas, y aun frecuentemente redactadas por el príncipe.

En el número de los procesos entablados por el príncipe, habia uno presentado contra el duque de Bassano, que hubiera despopularizado en cualquiera otra posicion á la popularidad misma. En 1815, Maret habia recibido de Napoleon con el título de depósitos y salarios, un cierto número de acciones de canales que provenian de la herencia de Orleans. El medio de que se valió Luis Felipe, fuè, el de probar que no siendo el gobierno imperial mas que un gobierno *de hecho*, un gobierno ilegítimo, ese gobierno no habia tenido facultad para disponer de aquellas acciones.

El duque de Orleans ganó ante los jueces su proceso, pero lo perdió ante la opinion pública.

Otro proceso mas grave aun se agitaba al mismo tiempo.

Decimos mas grave, porque se litigaba en un tribunal mas elevado que los otros: queremos hablar de las pretensiones de María Stella, de la que hemos dicho algunas palabras al principio de esta historia.

---

#### CAPÍTULO XXXVI.

---

**E**N 1825, María Stella habia vuelto á Paris con un fallo del tribunal de Faenza, fecha 29 de Mayo de 1824, que establecia de hecho que no era hija del carcelero Chiappani, sino del conde de Joinville.

Esta acusacion por falsa y absurda que fuese, inquietó sin embargo al príncipe, al grado que respondió por medio de una memoria á las memorias de la baronesa de Sternberg, *hija de Joinville*. Esta memoria me condujo por la primera vez á la presencia del duque de Orleans.

El señor duque de Orleans despues de haberme acordado, en 1823, por recomendacion del señor general Foy, una plaza de doscientos francos en sus oficinas, no se habia ocupado mas de mí; y era cosa muy natural que al cabo de un año de llevar estos apuntes me subiesen el sueldo hasta quinientos francos. Sin embargo, como nada pasaba desa-



percibido á aquel espíritu investigador, habia notado entre las relaciones mandadas á su firma, algunas trazadas por una mano nueva y desconocida. La escritura le habia parecido bella, fácil de leer y correcta; habia preguntado el nombre del nuevo escribiente y se le habia dicho que era el protejido del general Foy, hijo del general Alejandro Dumas.

Muchas minutas habian llegado desde entonces á M. Oudard, gefe de nuestra secretaría, con estas palabras de mano del príncipe:

*Que se espida por Dumas.*

Cuando el duque de Orleans se ocupó de impugnar las memorias de la baronesa de Sternberg, deseó dictar á alguno *las notas*; y como hemos dicho, estas notas eran el verdadero original; deseó, digo, dictar á alguno las notas de las que M. Dupin debia sacar la mas sólida sustancia, la médula mejor de su defensa.

Pidió un escribiente para dictarlas.

Como se conocia la predileccion que tenia por mi escritura, yo fuí el comisionado.

Me encontré, pues, por la primera vez frente á frente del príncipe.

En sus relaciones de familia ó de casa, el duque de Orleans no tenia nada de imponente; al contrario, era imposible ser mas alegre, mas afable y de mas gracioso humor: se le habria tomado por un vivo banquero el dia en que le habia salido bien una gran especulacion. Fuí bien recibido por él, animado con la voz y con los ademanes y como aperciese que mi mano temblaba un poco, me indicó la mesa, y antes de emplearme en el asunto serio que me valia el honor de este contacto, me indicó una ó dos cartas que poner en limpio y que sellar.

El duque de Orleans tenia algo de profesor: le agradaba demostrar; y habia de establecer aun en sus mas pequeñas cosas, la superioridad que tenia en ellas. Debemos añadir que demostraba bien, y que unia casi siempre el ejemplo al

precepto. El duque de Orleans sabia si no todo, al menos un poco de todo.

Ese dia me demostró el modo de doblar los sobres y de poner los sellos.

Si el duque de Orleans tenia la pretension de ser un buen profesor, yo tenia la de ser un excelente discípulo: muy torpe el primer dia que me fué dada la leccion, logré mas tarde una gran facilidad para hacer sobres, bien cuadrados, bien ingleses, y sobre todo para los sellos, cosa mas difícil de hacer que lo que se cree, y á la que el duque de Orleans, hombre de orden y de limpieza, daba una gran importancia.

Tambien debo confesar con toda la humildad de mi alma, que fué la única cosa que estrañó de mí cuando llegó á ser rey, y recibió mi dimision.

—¡Cómo! ¿se va? ¿me deja? exclamó; ¡qué desgracia! ¡ponia tan bien los sellos. . . !

Esta fué mi oracion fúnebre. Añadiremos, que durante mas de un año, mi nombre permaneció en los estados de la casa, y que todo me facilitaba el volver á mi destino.

Mi nombre no fué suprimido sino en 1833, época en que publiqué *La Galia y la Francia*.

Volvamos al dia en que comencé mi aprendizaje.

El duque de Orleans, muy afable como estaba siempre, comenzó pues á dictarme su memoria.

Era una impugnacion completa y perfectamente lógica, aun al punto de vista chicanero, de todas las aserciones de la baronesa de Sternberg.

Como muy bien puede comprenderse, no acabo de contar todo esto para participar pura y simplemente al público, que he tenido el honor de escribir bajo el dictado del príncipe, sino para contar al lector un hecho característico.

En la respuesta del duque al folleto de María Stella, habia entre las pruebas de legitimidad dadas por él, esta frase:

“Y aun cuando no hubiese mas que esa notable seme-



janza que existe entre el señor duque de Orleans y su augusto abuelo Luis XIV.”

En esa época era mucho menos conocedor en historia que lo que soy ahora; de suerte, que este hecho del duque de Orleans, reclamando á Luis XIV por abuelo suyo, me hizo á pesar mio, levantar vivamente la cabeza.

Se apercibió de mi admiracion, y con una sonrisa acompañada de un ligero fruncimiento de cejas:

—Sí, señor Dumas, me dijo, *de su augusto abuelo Luis XIV*. Aun cuando no descendiese de Luis XIV sino por sus bastardos, es aun, *al menos á mis ojos*, un grande honor para que yo me vanaglorie de él.

Despues de esta respuesta, debe creerse que el duque de Orleans, ignoraba que M. Thiers y M. Laffitte quisiesen hacerlo descender de los Valois.

Las pretensiones de María Stella fueron, escepto en la prision, las mismas que las de Mathurin-Bruno. Se habló un instante, despues dejaron de ocuparse de ello, y se dejó en paz á la baronesa de Sternberg dar alpiste á todos los gorriones libres de las Tullerías, únicos cortesanos de su soledad, y que largo tiempo despues de su muerte, acontecida en 1845, poblaban aun el balcon que se estendia, calle de Rivoli, delante de las ventanas de su departamento.

Volvamos á los acontecimientos políticos de que nos ha separado un instante este golpe de vista arrojado sobre la vida privada.

Muerto Luis XVIII, Carlos X, príncipe caballero, quiso ser consagrado segun los antiguos usos de su raza; á Luis XVIII, príncipe escéptico, le habia sido suficiente la consagracion de quinientas mil bayonetas.

En el mes de Mayo de 1825, fué cuando Carlos X se consagró, y en esta ocasion segun creo, el duque de Orleans recibió el título de A. R., tan ambicionado por él, y tan inútilmente solicitado durante todo el reinado de Luis XVIII.

Casi al mismo tiempo el duque de Orleans recibió una suma de diez y seis millones, que le fué acordada como indemnizacion sobre el millar de los emigrados.

Mucho se habló de este doble favor y de que el duque de Orleans hubiese entrado en posesion de todos sus bienes por la munificencia de Luis XVIII; pero el duque de Orleans dejó que hablasen á su antojo.

La popularidad de Laffitte, de La Fayette, de Foy, de Manuel y de Pablo Luis Courier, salvaba la suya.

El duque de Orleans profesaba una economía que tocaba en avaricia; sin duda las costumbres que vamos á consignar aquí eran costumbres contraidas en el tiempo de su desgracia y en los dias de su destierro. Diremos mas, tal vez para otro que no fuese un príncipe que tiene seis millones de renta, y aun para este mismo príncipe cargado de una numerosa familia, esta economía era una virtud; pero sea lo que fuere, nos acordamos que no era mirada como tal; y que era uno de los defectos que le reprochaban sus enemigos, sin que estos reproches, por acerbos que fuesen, hubiesen jamas podido corregirle.

En casa del duque de Orleans, casi todas las compras se hacian al menudeo; tenia un marchante para la mesa, por ejemplo, que era un tal M. Uginet; se le pagaban doce mil francos por mes, ciento cuarenta y cuatro mil francos por año; y se deducia de esta compra la caza enviada dos veces por semana de las numerosas selvas del duque de Orleans, de la cual se vendia el sobrante á Chevet por el mayordomo.

Todas estas cuentas eran revisadas y anotadas por el duque de Orleans. Un dia, poniéndolas en limpio, encontré esta anotacion de la misma mano del príncipe.

“Cuatro sueldos de leche para madama de Dolomieu.”

La duquesa seguia este ejemplo. M. Oudart, su secretario, revisaba despues de ella todas sus adiciones; muchas de estas adiciones estaban abajo de las memorias de las lavanderas, escritas de la misma letra de María Amelia, y



como la duquesa de Orleans tenia en esa época hijos muy jóvenes, los pormenores de estas memorias de lavanderas probaban victoriosamente que para ser príncipes las AA. RR. de seis meses, no estaban menos sometidos á todas las pequeñas miserias de la humanidad.

Mientras que la duquesa de Orleans hacia la cuenta de los pañales de M. de Montpensier y de las mantillas de la princesa Clementina, el rey arreglaba el gasto de los hijos mayores.

Permítasenos poner á la vista de nuestros lectores un pequeño trabajo del duque de Orleans, caido en nuestras manos el 24 de Febrero de 1849, en el momento en que, por la segunda vez, inclinada la frente y pensativos, visitábamnos las Tullerías, invadidas por el pueblo.

La primera vez fué el 29 de Julio de 1830.

Entre los papeles despedazados, hollados y arrojados al suelo, estaba este pedazo; reconocí la letra del rey, lo levanté y copié las líneas siguientes:

*Marzo de 1828.—Nueva tarifa de gastos para la mesa de los príncipes.—La misma para la de los niños.*

|  | f. | c. |
|--|----|----|
| Príncipes y preceptores. . . . .   | 5  | 40 |
| Princesas, Luisa, María y madama de Mallet. . . . .  | 1  | 80 |
| Princesa Clementina y madama Angelet. . . . .  | 0  | 90 |
| Duque de Nemours y M. de Lamac, que se les lleva al colegio; más el azúcar pagada aparte . . . . . | 3  | 00 |
|  | 1  | 80 |
|  | 0  | 40 |
| Total por día . . . . .  | 18 | 50 |
| Sin el café pagado aparte.   |    |    |
| Mas 10 c. por platillo. . . . .  | 1  | 10 |
| Total general. . . . .   | 19 | 60 |

Así el desayuno de los dos príncipes y de sus preceptores;

De las princesas Luisa, María y madama de Mallet;

De la princesa Clementina y madama Angelet;

Del duque de Nemours y M. de Lamac; es decir, de once personas, costaba veinte francos, segun el presupuesto del duque de Orleans.

Se creerá tal vez que los desgraciados niños, obligados á quedar con apetito en el desayuno, se desquitarían en la comida.

Vamos á verlo:

COMIDA Ó CENA.

|                                | f. | c. |
|--------------------------------|----|----|
| Sopas . . . . .                | 2  | 50 |
| Guisados . . . . .             | 4  | 50 |
| Asado ó crema tostada. . . . . | 6  | 00 |
| Intermedios . . . . .          | 2  | 50 |
| Plato de postres. . . . .      | 1  | 52 |
| Total . . . . .                | 17 | 00 |

Pan, café y té como arriba.

Como tal vez podrá dudarse de lo que referimos aquí, invitaremos á nuestros editores á dar un *fac-simile* de tres notas autógrafas que están en nuestro poder.

No obstante esto, preciso es decirlo, el duque de Orleans hacia, sin ostentacion, escelentes cosas; tenia en el Palacio Real tres oficinas de socorros, una dirigida por el Sr. Broval y costeada por el duque; otra dirigida por el Sr. Oudart, cuyos gastos salían del cofre de la reina; y en fin, la tercera dirigida por M. Lamy y que costeaba madama Adelaida.

Estas tres oficinas distribuían de quinientos á seiscientos francos por dia.

He estado mucho tiempo encargado de hacer las listas que debían presentarse al duque de Orleans, y de poner á su vista las peticiones de socorros; ¡pues bien! hay una cosa



que diré en voz alta y és que siempre he obtenido en favor de los pobres todo lo que he pedido sin apoyo ninguno al duque de Orleans; jamas la disminucion de cifras provenian de su parte sino que le eran aconsejadas por los que le rodeaban; se le conocia parsimonioso, y se le hacia la corte lisonjeándole esta debilidad; hay mas, siendo rey, admitida mi dimision, mas de una vez he recurrido á él aun cuando me guardaba rencor por mi separacion, para que socorriese profundos infortunios; jamas ha rechazado mi demanda, y casi al punto que se la presentaba la persona era socorrida.

Un dia le escribí con respecto á una de nuestras mas distinguidas poetisas.

“Sire:

“Madama \*\*\* está en la mas profunda miseria, y me encarga ser su intermediario cerca de V. M.; apresuraos á socorrerla. Sire, no encontrareis todos los dias en vuestro camino á semejante musa pidiendoos limosna!

En contestacion recibí mil francos.

Otro dia me dirijí á la reina; se trataba de uno de nuestros pianistas mas distinguidos cuyos muebles se iban á vender.

Se dirijió á mí, envié su carta á la reina, escribiendo abajo de la esposicion de sus desgracias, los cuatro versos siguientes, que no tienen mas valor que la intencion que los dictó:

Leed enternecida la súplica ferviente  
Que pongo á vuestras plantas, humilde embajador;  
Todo en el triste mundo prosigue su corriente,  
El imán busca al Norte y la desgracia á vos.

Al dia siguiente recibí quinientos francos.

Nunca tuve inconveniente en hacer esta especie de peti-

ciones, porque jamas pedia nada para mí ni para ninguno de los míos.

Por otra parte, el duque de Orleans, fuese por cálculo ó por simpatía, hacia mucho en favor de las artes: habia recojido y colocado en su biblioteca á Casimiro Delavigne, que habia sido despedido de su oficina; compró el Coracero y el húsar de Géricault, mandó pintar á Vernet no solamente las batallas de Jemmapes y de Valmy, sino tambien las de Champaubert y de Montmirail; se suscribió á los monumentos de Abatucci y de Kléber; hizo colocar á sus expensas en la nave de San Roque, un cuadro de mármol encima de la tumba del viejo Corneille, y en fin, de tiempo en tiempo, les devolvía á los cómicos franceses los cuarenta y cinco mil francos que estaban obligados á pagarle por el arrendamiento de su salon.

Puede verse cuan imparcial soy y con que afan opongo lo bueno á lo malo; es que si bajo el punto de vista histórico he manifestado mis opiniones acerca del rey, no lo he hecho así respecto al hombre, y en consecuencia, puedo decir que escribo para contar y no para probar, AD NARRANDUM, NON AD PROBANDUM.